

de rasguños, zapatos sucios, figuras extenuadas; y además de todo esto el horrible caballo. ¡Oh! ¡cuánto lo maldecía Mr. Pickwick! De tiempo en tiempo lanzaba sobre él miradas en que se pintaban el odio y el deseo de una espantosa venganza. Más de una vez había calculado la cantidad probable que sería necesario pagar por tener la satisfacción de cortarle el pescuezo; y entonces la tentación de asesinarlo ó abandonarlo en los campos desiertos, se presentaba á su espíritu con la mayor violencia. Sin embargo, avanzaba siempre, y en una de las vueltas del camino fué distraído de sus horribles pensamientos por la aparición súbita de dos personajes. Eran Mr. Wardle y su fiel sirviente el gordo mofetudo.

—Y bien ¿dónde habéis estado? — preguntó el caballero hospitalario. — Os he esperado todo el día. Parece que estáis cansados. ¿Y esos rasguños? No estáis heridos... no, me alegro. ¿Habéis volcado? No os apuréis; es un accidente muy frecuente en este país... ¡Joel! ¡maldito chico! otra vez durmiendo. Joe, coge ese caballo y llévalo á la cuadra.

El gordo, teniendo de la brida al fogoso caballo, se arrastró con paso perezoso detrás de la compañía, mientras Mr. Wardle se esforzaba en consolar á sus huéspedes de las desventuras que le fueron contando.

Llegados á Dingley-Dell, empezó por hacerles entrar en la cocina diciendo:

—Vamos á repararlo todo aquí, y en seguida entraremos en el salón. Emilia, traed aguardiente con cerezas... Ahora, Juana, una aguja con hilo... María tohallas y agua. Vamos, dáos prisa.

Tres ó cuatro criadas muy robustas se dispersaron rápidamente para ir en busca de los artículos pedidos, mientras un par de domésticos masculinos, de cabezas redondas y caras anchas, se levantaron de los asientos que ocupaban junto á la chimenea, se sumergieron en la obscuridad de unos rincones, y salieron pronto armados con botellas de betún y una media docena de cepillos.

—¡Vamos, pronto! — repitió el caballero viejo. Pero esta era una exhortación inútil, porque una de las criadas vertía aguardiente, otra traía las toallas, y uno de los hombres, asiendo repentinamente á Mr. Pickwick por la pierna, con inminente riesgo de hacerle perder el equilibrio, le cepilló las botas con tanta fuerza, que le hizo mucho daño en los callos. Al mismo tiempo un segundo lacayo frotaba á Mr. Winkle con un enorme cepillo, produciendo con su boca esa especie de silbido que los mozos de las cuadras hacen oír cuando limpian un caballo.

En cuanto á Mr. Snodgrass, después de haber terminado sus abluciones, volvió la espalda al fuego, y sa-

boreando con delicia su aguardiente, se puso á examinar la pieza en que se encontraba.

Según la descripción que él ha hecho, era una vasta habitación enlosada con ladrillos amarillos. La chimenea era inmensa; se veían colgados en ella jamones y tocino. En la pared había sillas de montar, jaquimas y arreos de caballo, y una vieja escopeta enmohecida. Encima había un letrero que en gruesos caracteres decía *cargada*; y debía estarlo desde hacía medio siglo, si había de creerse á su inscripción y á su apariencia. Un viejo reloj de cucú, de movimiento tranquilo y solemne, estaba clavado en un rincón.

—¿Estáis prontos? — preguntó el viejo á sus huéspedes, cuando los vió bien lavados, cosidos, cepillados y restaurados.

—Sí señor, — respondió Mr. Pickwick.

—Vamos, venid conmigo.

Tres de los viajeros le siguieron al través de sombríos corredores y se reunieron á la puerta del salón con mister Tupman, que se había quedado atrás para besar furtivamente á Emilia, sin que obtuviera por recompensa más que algunos rasguños.

El viejo los introdujo diciendo:

—Señores, bien venidos seáis á Dingley-Dell.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAY"

Apdo. 1623

Una tertulia de otros tiempos. Historia contada por un eclesiástico.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
CAPITULO VI
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAY"

Apdo. 1623

Muchas visitas reunidas en el salón se levantaron para recibir á los recién venidos, y mientras se hacían los cumplimientos ceremoniosos de la presentación, Mr. Pickwick tuvo ocasión de examinar la figura de los concurrentes y expecular sobre su caracter y sus ocupaciones. Era un género de distracción á que solía entregarse con frecuencia, lo mismo que otros muchos grandes hombres.

Una dama muy vieja con un enorme gorro y un traje de seda ajada, ocupaba el puesto de honor en el ángulo derecho de la chimenea. Era nada menos que la ma-

dre de Mr. Wardle. Muchos certificados que probaban su buena educación y que no había dejado el buen camino al envejecer, estaban colgados de las paredes bajo la forma de antiguos paisajes de tapicería, de alfabetos hechos á punto de marca, no menos antiguo, y bordados de seda carmesí de una época un poco más reciente. La tía soltera y las dos hijas de Mr. Wardle, agrupadas alrededor de la vieja, parecían disputarse quién le manifestaba atenciones más infatigables. La una sostenía su trompetilla acústica, la otra una naranja, la tercera un frasquito de esencias, mientras mister Wardle arreglaba cuidadosamente los cogines que le sustentaban. Al otro lado de la chimenea estaba sentado un viejo de noble continente y cabeza calva, era el vicario de Dingley-Dell; junto á él se encontraba su mujer, vieja señora, cuyo aspecto robusto y tez encendida parecía indicar que, si ella era sabia en la confección de todos los cordiales fabricados por una ama de casa, sabía también al mismo tiempo administrárselos. Un hombrecillo, cuya cabeza terminaba en forma de pera, hablaba en un rincón con un caballero viejo y grueso, mientras otros dos ó tres viejos y viejas estaban sentados, rígidos é inmóviles sobre sus sillas, considerando despiadadamente á mister Pickwick y á sus compañeros de viaje.

—Madre mía, — dijo Mr. Wardle en toda la extensión de su voz, — os presento á Mr. Pickwick.

—¡Oh! — dijo la vieja sacudiendo la cabeza, — no os oigo.

—Mr. Pickwick, abuelita, — exclamaron á un tiempo las dos señoritas.

—¡Ah! — respondió la vieja, — bien; eso no me importa gran cosa. El no se cuida de una vieja como yo, estoy segura.

—Os aseguro, señora, — dijo Mr. Pickwick tomando la mano de la vieja, y hablándo tan fuerte que su benévola cara se puso de escarlata; — os aseguro, señora, que nada me complace tanto como ver á la cabeza de una familia como esta una persona de vuestra edad, que parece aún joven y saludable.

—¡Ah! — respondió la vieja después de una corta pausa, — todo es muy bello; pero yo no puedo oírlo.

—La abuelita está indispuesta ahora — dijo miss Isabel Wardle; — pero os hablará en seguida.

Pickwick expresó por un signo su deseo de conformarse á las enfermedades de la edad, y volviéndose, tomó parte en la conversación general.

—¡Preciosa casa! ¡situación deliciosa! — dijo.

—¡Deliciosa! — repitieron Mr. Snodgrass, Tupman y Winkle.

—Sí; tengo orgullo en ello — respondió Mr. Wardle.

—Caballero — dijo el hombre de la cabeza puntiaguda, — no hay mejor terreno en todo el condado de Kent: no lo hay, no, caballero. Estoy seguro que no lo hay.

Y miró alrededor suyo con aire triunfante, como si hubiera sido desmentido por alguno, y él hubiera logrado imponerle silencio.

—No hay mejor terreno en todo el condado de Kent — repitió el mismo después de una pausa.

—Excepto el prado de Mulluis — dijo solemnemente el caballero grueso.

—¡El prado de Mulluis! — exclamó el otro con profundo desprecio.

—Es una excelente tierra — dijo otro grueso.

—Sí, seguramente — dijo el tercer gordo.

—Todo el mundo lo sabe — prosiguió el huésped corpulento.

El hombre de la cabeza puntiaguda miró con aire de duda alrededor suyo; pero encontrándose decididamente en minoría, tomó un aire de superioridad protectora y no dijo más.

—¿De qué se habla? — preguntó la vieja á una de sus nietas en voz muy alta; porque, según costumbre de los sordos, ella creía que los demás no oían lo que se les decía.

—Hablan de tierras, abuelita.

—¿Qué dicen de tierras? ¿ha sucedido alguna cosa?

—No; Mr. Miller decía que nuestra tierra es mejor que el prado de Mulluis.

—¿Y él qué sabe de eso? — dijo la vieja con indignación; — Miller es un fatuo impertinente, y podéis decirselo de mi parte.

Habiendo proferido esta sentencia, la vieja se enderezó y miró al delincuente con aire severo, sin dudar que ella había hablado de manera que todos la pudieran oír.

—Vamos, vamos — dijo Mr. Winkle, empeñándose, como era natural, en variar la conversación; — ¿os gusta el whist, Mr. Pickwick?

—Me gusta sobre todas las cosas; pero os lo suplico, no lo hagáis por mí.

—¡Oh! os aseguro que á mi madre le gusta mucho la partida de whist. ¿No es verdad, mamá?

La vieja, que estaba siempre menos sorda para este asunto que para otros, respondió afirmativamente.

—¡Joe! ¡Joe! — gritó el viejo. — ¡Joe! ¡maldito chico!... ¡Ah! aquí está... arreglad las mesas de juego.

El letárgico joven consiguió arreglar sin otros estimulantes las dos mesas de juego: una para jugar al whist y la otra para jugar á la papisa Juana. Los jugadores de whist eran Mr. Pickwick y la vieja abuelita, Mr. Mil-

ler y el caballero gordo. El resto de la sociedad se entretenía en el otro juego.

El whist fué jugado con toda la seriedad que exige este acto solemne, al cual creemos que ha sido una irreverencia el darle el nombre de juego. Pero en la mesa redonda había estallado una alegría tan ruidosa, que perjudicaba notablemente á las reflexiones de Mr. Miller. Este desgraciado personaje, no hallándose tan absorbido en su juego como debiera haberlo estado, incurrió en faltas, en crímenes imperdonables, que excitaron en el más alto grado la indignación del caballero gordo.

—¡Ah! — dijo el criminal Miller en tono victorioso; —yo no puedo jugar mejor, era imposible hacer un trick de más.

La vieja no lo dejó mucho tiempo en esta feliz disposición de ánimo.

—Miller debía haber jugado el cuatro, ¿no es verdad, caballero?

Mr. Pickwick saludó afirmativamente.

El jugador infortunado apeló á la generosidad de su compañero, diciendo en tono de duda.

—Debía yo realmente jugarlo.

—Ciertamente, caballero — respondió el gordo.

—¡Cuánto lo siento! — dijo Miller abatido.

—Aun es tiempo — gruñó el otro.

—Dos; son ocho — dijo Pickwick.

Se repartieron de nuevo las cartas.

—¿Podéis hacer uno aun? — preguntó la vieja.

—Sí — respondió Pickwick; — doble, sencillo.

—¡Jamás se ha visto suerte tan mala! — dijo Miller.

—Ni cartas peores — añadió el gordo.

Un silencio solemne siguió. Mr. Pickwick está alegre, la vieja atenta, el gordo irritado y Miller receloso.

—¡Otra partida! — exclamó triunfante la vieja, colocando sobre el tapete una moneda de seis peniques.

—¡Otra partida! — dijo Mr. Pickwick.

—Ya lo sé, caballero — dijo agriamente el gordo.

Durante la segunda partida, cuyo resultado fué el mismo, Mr. Miller tuvo la desgracia de hacer un renuncio. El caballero gordo no pudo ya dormir su irritación. La vieja, por el contrario, se reía, mientras el infortunado Miller parecía tan fuera de su elemento como un delfín en jaula. Cuando el whist terminó, el caballero gordo se retiró á un rincón y permaneció perfectamente mudo durante una hora y veintisiete minutos; entonces, saliendo de su abstracción, ofreció á mister Pickwick un polvo de tabaco, con el aire generoso de un hombre á quien la caridad cristiana obliga á perdonar las injurias que ha recibido.

Entretanto, el juego de la mesa redonda continuaba muy animado. Isabel Wardle se había asociado con mister Trundle, Emilia Wardle con Mr. Snodgrass, y al mismo tiempo Mr. Tupman y la tía soltera habían formado una sociedad de fachas y galanterías. El viejo mister Wardle estaba en el colmo de la alegría; hacía de banquero con tanta astucia, las damas mostraban tal deseo de ganar, que una explosión de risas resonaba continuamente alrededor de la mesa. Había allí una vieja que se veía siempre en la obligación de pagar media docena de cartas. Todo el mundo reía, y cuando la vieja ponía cara de vinagre, porque se veía en la precisión de pagar, se reía más todavía; entonces su cara se serenaba por grados, y al fin concluía por hacer coro en la risa de los demás. Cuando la tía hacía *casamiento*, las jóvenes comenzaban á reír de nuevo, poniendo á la tía de mal humor; pero ella sentía la mano de Mr. Tupman, que estrechaba la suya por debajo de la mesa, y su rostro se serenaba también; después tomaba un aire maligno, como si el matrimonio no estuviera tan lejos como se le suponía. Entonces todo el mundo empezaba á reír, sobre todo Mr. Wardle, que se divertía con las bromas lo mismo que los jóvenes. Sin embargo, Mr. Snodgrass murmuraba á los oídos de su compañera sentimientos poéticos que ofrecían ciertas miradas furtivas, golpes de codo disimulados y alguna sonrisa.

La hilaridad de la reunión se redoblaba, y especialmente la de la esposa del viejo. De tiempo en tiempo, Mr. Winkle decía alguna frase original, muy conocida en la capital, pero no en provincias; y como todo el mundo reía de buena gana, y las encontraba excelentes, Mr. Winkle estaba resplandeciente de felicidad y de gloria. En cuanto al buen eclesiástico, miraba esta escena con aire satisfecho, porque el buen viejo era feliz al ver junto á sí personas alegres; y aunque la alegría fuera demasiado ruidosa, venía del corazón, no de los labios, es decir, que era verdadera alegría, después de todo.

La noche pasó rápidamente en el seno de aquellas distracciones. Después de una cena simple y substancial, se formó un círculo en torno del fuego, y Mr. Pickwick declaró que en toda su vida había experimentado más verdadera dicha, ni había estado mejor dispuesto á gozar del presente, que es ¡ay! muy fugitivo.

El viejo hospitalario estaba sentado en ceremonia junto al sillón de su madre, y tenía una de sus manos entre las suyas.

—He aquí precisamente lo que yo amo — decía. — Los más felices instantes de mi existencia han pasado junto á este viejo hogar, y encuentro placer en encender

en él la llama y avivarla hasta que el calor sea insopor- table. Ved... mi buena madre que veis aquí, se sentaba en esta chimenea sobre un pequeño taburete cuando era niña. ¿No es verdad, mamá?

La vieja lady sacudió la cabeza con aire melancólico, y se vieron correr lentamente por sus mejillas las lágrimas involuntarias que se derraman al recuerdo de los tiempos pasados y de la felicidad pasada desde mucho tiempo.

—Mr. Pickwick — contestó su huésped después de un corto intervalo, — me excusaréis si hablo mucho de este sitio, porque lo amo apasionadamente y no conozco otro. La vieja casa y los campos parecen ser viejos amigos para mí. Lo mismo digo de nuestra pequeña iglesia, guarnecida de una espesa capa de musgo, á la cual, entre paréntesis, nuestro excelente amigo, que veis aquí, ha compuesto unos versos.

—Perdonadme, — replicó el caballero, cuya curiosidad poética habían excitado las últimas frases de Mr. Wardle. — ¿Habláis de unos versos al musgo?

—Dirigios para eso á vuestro amigo — dijo mister Wardle indicando al eclesiástico por un signo.

Mr. Pickwick tomó la palabra, y dirigiéndose al eclesiástico dijo:

—¿Me permitiréis, á pesar de que hace muy poco que os conozco, que os pregunte si en el curso de vuestra carrera como ministro del Evangelio, habéis observado algún acontecimiento digno de ser conservado en la memoria de los hombres.

—Efectivamente, caballero — replicó el sacerdote; — he observado muchos sucesos, pero en una esfera estrecha, y siempre han sido de naturaleza sencilla y ordinaria.

—Habéis reunido algunas notas, según creo, sobre Juan Edmunds — replicó Mr. Wardle, que deseaba poner á su amigo en estado de ser bien apreciado por sus huéspedes.

El vicario hizo una ligera señal de asentimiento, y se preparaba á cambiar el asunto de la conversación, cuando Mr. Pickwick le dijo:

—Perdonadme, señor eclesiástico, pero quisiera que me explicarais quién fué ese Juan Edmunds.

—Eso mismo precisamente iba yo á preguntar — añadió Snodgrass con vivacidad.

—Estáis cogido — exclamó el huésped. — Será preciso al fin que satisfagáis la curiosidad de estos señores. Por lo tanto, aprovechad la ocasión y empezad pronto.

El viejo sacerdote sonrió con bondad y acercó su silla á la chimenea. Los otros individuos se estrecharon unos contra otros, especialmente Mr. Tupman y la tía solte-

ra, que sin duda tenía el oído un poco débil. La trompetilla de la vieja lady fué ajustada cuidadosamente, y Mr. Miller, que se había dormido, fué despertado por su ex compañero de juego, que le administró un pellizco por debajo de la mesa. El eclesiástico, sin más prefacio, comenzó el relato siguiente, al cual hemos titulado:

La vuelta del presidiario

Cuando fuí nombrado vicario de este pueblo, hace veinticinco años, encontré entre mis parroquianos á un tal Edmunds, que tenía arrendada una pequeña hacienda en estos alrededores. Era un hombre malvado, perezoso y disoluto por hábito, moroso y feroz por carácter. Excepto aquellos vagabundos abandonados que corrían con él por los campos y se embrutecían en la taberna, no tenía ningún amigo, ni siquiera un conocido. Todos huían de él, porque nadie quería alternar con un individuo temido y detestado generalmente.

Este tenía una mujer y un hijo de edad de doce años poco más ó menos. Os entristecería sin necesidad contándoos los sufrimientos que había experimentado su mujer, y todo lo que yo podría decirnos no bastaría á manifestar suficientemente la dulzura y la resignación que la infeliz desplegaba en las más delicadas circunstancias, ni la solicitud tierna y dolorosa con que educaba á su hijo. Que Dios me perdone lo que voy á decir si es una sospecha poco caritativa; pero en mi alma y conciencia creo que su marido ensayó sistemáticamente durante muchos años el hacerla morir á pesadumbres. Ella soportaba todo por amor á su hijo; y aunque pareciera extraño por amor á su marido. En otro tiempo le había amado, y á pesar de su brutalidad, á pesar de la crueldad con que era tratada, el recuerdo de lo que había sido para ella, despertaba en su corazón esos sentimientos de dulce indulgencia, á los cuales, excepto la mujer, todas las criaturas de Dios son extrañas.

Eran pobres: la conducta del marido no permitía otra cosa; pero el trabajo obstinado, incesante de la mujer, les mantenía. Sin embargo, sus esfuerzos eran muy mal recompensados. Los que paraban junto á la casa por la noche, oían los llantos y gemidos de la desventurada mujer y el ruido de los golpes que recibía. Más de una vez, después de media noche, el niño iba á llamar á la puerta de una casa vecina, á donde le enviaba su madre, para escapar á la embriaguez furiosa del padre desnaturalizado.

Durante todo este tiempo, y aunque la pobre criatura llevaba frecuentemente señales de los malos trata-

mientos de su esposo, asistía regularmente al servicio divino. Todos los domingos por la mañana y por la tarde ocupaba el mismo banco en la iglesia; y aunque madre ó hijo estuviesen pobremente vestidos (más pobremente aun que muchos vecinos que se encontraban en situación más precaria), siempre iban decentes y limpios. Todos tenían un signo amistoso y una palabra benevola para la pobre señora Edmunds, y á veces cuando al salir de la iglesia ella se detenía en el pórtico para decir algunas palabras á algún vecino, ó cuando avivaba el paso para mirar con el orgullo y la ternura de una madre á su hijo saludable y sonrosado, que jugaba delante de ella con otros chicos, su rostro fatigado se iluminaba con una expresión de gratitud profunda, y parecía si no feliz y alegre, por lo menos resignada y tranquila.

Pasaron cinco ó seis años; el niño era ya un joven robusto y fornido; pero el tiempo que habia dado origen á sus miembros habia encorvado el cuerpo de su madre y debilitado su marcha; y sin embargo, el brazo que hubiera debido darle apoyo no estaba enlazado al suyo; el rostro que hubiera debido regocijarla, no la miraba sonriendo. Ella ocupaba siempre el mismo banco; pero habia un sitio vacante á su lado; su Biblia estaba en su mano, se santiguaba al abrirla; mas no habia allí nadie que la leyera con ella, y sus lágrimas corrían sobre su libro, ocultando á sus ojos el texto sagrado.

Sus vecinos eran aun benévolo para con ella; pero ahora ella volvia la cabeza para evitar su saludo; ya no se detenía en el pórtico ni encerraba en su corazón tesoros de felicidad y esperanza. En su desolación echaba su manto sobre su rostro y se marchaba rápidamente. ¿Es preciso decir la causa? Aquel joven, que hubiera debido conservar piadosamente en su memoria el recuerdo de las privaciones voluntarias, de los malos tratamientos que su madre habia sufrido por él, olvidando, al contrario, todo lo que le debía, y despreciando cruelmente las angustias de su corazón herido, se habia ligado con los hombres más depravados, con los más impios, y seguía una carrera de vicios, de crímenes, que debia terminar en la muerte para él y en la vergüenza para su madre. ¡Ay, pobre naturaleza humana!

La pobre mujer estaba á punto de ver completarse la medida de sus infortunios. Numerosos delitos se habian cometido en aquellas cercanías. Los culpables permanecian impunes, y su audacia aumentaba. Un robo nocturno, acompañado de circunstancias agravantes, ocasionó activas pesquisas, severas investigaciones, á las cuales era imposible escapar. Sospechóse del joven Edmunds y de tres compañeros suyos; fué preso, juzgado y condenado á muerte

El grito penetrante, el grito maternal que horrorizó á la Audiencia, cuando fué pronunciado el juicio solemne, resuena aun en mis oídos. Aquel grito llenó de terror el corazón del culpable, á quien el juicio, la resistencia y la proximidad de la muerte no habian podido conmovier. Sus labios, comprimidos hasta entonces con sombría obstinación, temblaron y se separaron involuntariamente. Púsose pálido, un sudor frío humedeció su frente, sus miembros vigorosos se estremecieron convulsivamente, y vaciló sobre su asiento.

En el primer paroxismo de su agonía, la desolada madre se echó de rodillas y suplicó dolorosamente al Sér Supremo, que le habia sostenido hasta entonces, que le librara de este mundo de miseria y salvara la vida de su único hijo. A esta súplica sucedió un llanto copioso, una agonía desesperada, tales como no espero verlas otra vez. Desde entonces me convencí de que el dolor abreviaría su vida; pero no volví á oír de sus labios una queja, un solo murmullo.

Era un espectáculo desgarrador ver á aquella desgraciada mujer en el patio de la prisión, procurando ablandar con afecto y oraciones el corazón petrificado de su hijo. Fué en vano; permanecía sombrío, feroz, impenitente. La conmutación inesperada de su pena en la de presidio por catorce años no pudo destruir ni por un instante su endurecimiento acostumbrado.

El espíritu de resignación que por tanto tiempo habia sostenido á su madre, no podia luchar contra la debilidad y la miseria. Sin embargo, quiso ver á su hijo por última vez. Levantóse estenuada del lecho en que sufría; pero las fuerzas le faltaron y cayó inanimada en el suelo.

Entonces la indiferencia y el estoicismo del culpable fueron sujetos á una dura prueba. Pasó un día sin que viera á su madre; pasó el segundo y no la vió tampoco; llegó la tarde del tercero y su madre no parecía; y dentro de veinticuatro horas debia separarse de ella, tal vez para siempre.

Este nuevo castigo, que cayó tan gravemente sobre él, casi le volvió loco. ¡Oh! entonces vinieron á su memoria los pensamientos ya olvidados de su infancia, mientras se paseaba con paso rápido en el estrecho patio, como si la velocidad de su marcha hubiera podido apresurar la llegada de las noticias que esperaba. El sentimiento de su miseria y de su abandono se apoderó amargamente de él cuando supo la verdad fatal. Su madre, la única persona que le habia amado, estaba enferma, tal vez moribunda, á media legua de él. Algunos minutos le hubieran bastado para correr á su lado; pero no debia volverla á ver. Se precipitó sobre la reja, y asien-

dose de las barras de hierro con la energía de la desesperación, las sacudió y las hizo temblar.

Lanzose contra las murallas espesas, como si hubiera querido romperlas. Pero la prisión sólida desafiaba sus esfuerzos insensatos, y se puso á llorar como un niño, retorciéndose los brazos.

Yo llevé al hijo aprisionado las palabras de perdón y las bendiciones de su madre; pero sin decirle cuán grave era su estado. Llevé también á la moribunda los solemnes propósitos de arrepentimiento y enmienda de su hijo y los ruegos de que le perdonara. Escuché con triste compasión los mil proyectos que el culpable arrependido hacía ya para sostener á su madre, para hacerla feliz cuando volviera de su destierro. Yo sabía muy bien que antes de que él tocara el término de su pena, su madre partiría de este mundo.

Salió por la noche. Pocas semanas después el alma de la pobre mujer partió á la región de paz y eterna felicidad. Yo celebré el servicio fúnebre ante sus despojos, que hoy reposan en nuestro pequeño cementerio. No hay ninguna piedra encima de su tumba; ¿para qué? los hombres conocen sus penas y Dios sus dolores.

Habíamos convenido, antes de la partida del presidiario, que él escribiría á su madre en cuanto se lo permitieran, y que me dirigiría sus cartas, porque su padre había rehusado positivamente el verle desde el momento de su arresto, y se cuidaba poco de que estuviera muerto ó vivo. Muchos años transcurrieron sin que yo recibiera noticias suyas; y cuando la mitad de su condena pasó, yo creí que ya no existía y á la verdad lo deseaba.

Me engañé, sin embargo. A su llegada á Botany Bay, había sido enviado al interior, y seguramente por esto ninguna carta suya llegó á mis manos. Estuvo en el mismo punto por espacio de catorce años, perseverando constantemente en sus buenos propósitos y fiel á las promesas que había hecho á su madre. Cuando cumplió su pena, experimentó grandes dificultades para volver á Inglaterra, y una vez aquí, vino á su pueblo á pie.

En una bella tarde del mes de Agosto, Juan Edmunds entró en el pueblo, de donde vergonzosamente había sido sacado diez y siete años antes. El camino que seguía pasaba por en medio del cementerio, y su corazón se hinchó al atravesarlo. Los rayos del sol poniente penetraban al través de las ramas gigantescas de los árboles, que despertaban en el espíritu del joven los recuerdos de su primera edad; recordaba el tiempo en que, asido á la mano de su madre, iba alegremente á la iglesia con ella; creía ver aun su pálido rostro; creía sentir el calor de sus lágrimas ardientes, que caían sobre su rostro cuando se bajaba á besarle, y que le hacían

llorar también, aunque entonces no sabía cuánta amargura había en aquellas lágrimas. Recordaba aun cuántas veces había corrido alegremente en aquel mismo camino con sus pequeños camaradas, volviéndose de tiempo en tiempo para mirar la sonrisa de su madre, ó para oír su dulce voz, y entonces le parecía que un velo se corría ante su vista, y que mil recuerdos de ternura desdenada, de advertencias no escuchadas, de promesas perdidas, venían á oprimir su cerebro y á desbarrar su corazón.

Entró en la iglesia, porque era domingo, y aunque el servicio de la tarde había concluido y los feligreses se habían despertado, la vieja puerta de encima guarnecida de grandes clavos no estaba cerrada. Los pasos del presidiario resonaron bajo la bóveda, y en la calma religiosa que reinaba alrededor suyo se encontró tan aislado, que tuvo miedo. Miró los objetos que le rodeaban; nada había cambiado. La iglesia le parecía más pequeña que en su infancia, pero encerraba todavía los viejos monumentos que mil veces había contemplado con temor infantil. Allí estaba el púlpito, adornado con el cojín en que el vicario ponía la Biblia y donde había resonado la palabra de Dios; aquí la mesa de comunión, delante de la cual había repetido tantas veces en su infancia los mandamientos que olvidó después, cuando fué hombre; se aproximó al banco en que su madre solía sentarse; el cojín había sido retirado, la Biblia no existía. Pensó que tal vez su madre ocuparía entonces un puesto más pobre, ó que tal vez estaría imposibilitada de ir á la iglesia. No se atrevía á hacer otra suposición. Una sensación de frío se apoderó de él, y temblaba con todos sus miembros cuando se volvió para salir.

Cuando llegó bajo el pórtico, vió entrar á un hombre viejo y achacoso. Se estremeció, porque lo había reconocido. Varias veces le había visto cavar fosas en el cementerio, que estaba detrás de la iglesia, y ahora, ¿qué iba el buen sacristán á decir al presidiario libre? El viejo levantó los ojos, le miró un instante, y se alejó con lentitud. No le había conocido.

Edmundo descendió de la colina y atravesó el pueblo. La estación era calurosa, y los habitantes, sentados en las puertas de sus casas, ó paseándose en sus pequeños jardines, gozaban de la frescura de la tarde y de las dulzuras del reposo, después de las fatigas del día. Muchas miradas se fijaron en el extranjero, y él lanzó á derecha é izquierda algunas miradas de inquietud para ver si se acordaban de él ó si le rechazaban. Había caras nuevas en casi todas las casas; á la puerta de algunas reconoció las facciones de algún antiguo camarada, joven cuando él le había dejando y ahora rodeado de nu-

merosos hijos; delante de algunas casas veía, sentado en un sillón, á un viejo débil y enfermo, á quien recordaba haber conocido joven aun y vigoroso. Todos le habian olvidado, y pasó sin que nadie le dirigiera la palabra.

Los últimos y dulces rayos del sol inundaban la tierra de una tinta de púrpura, dando un brillo dorado á las espigas amarillas y alargando las sombras de los árboles, cuando llegó delante de la puerta de su vieja casa, la casa de su infancia, por la cual habia suspirado tan ardentemente durante largos años de cautividad y dolor. La empalizada era baja; él recordaba que en otro tiempo le parecía gigantesca; miró por encima de ella al jardín, vió muchas flores que en otro tiempo no existían, pero los viejos árboles existían todavía. Reconoció el árbol bajo el cual se habia recostado mil veces cuando estaba cansado de jugar al sol, entregando dulcemente sus sentidos al ligero sueño de una infancia feliz. Oyó voces en el interior de la casa, pero afectaron penosamente su oído, porque no las conocía y expresaban la mayor alegría. El sabía bien que su madre no podía estar alegre mientras él estuviera ausente. La puerta se abrió y vió salir una multitud de niños que reían y jugaban.

El padre, con un chico en los brazos, apareció sobre el dintel, y los niños se agruparon á su alrededor palmeando alegremente y tirándole con todas sus fuerzas para hacerle tomar parte en sus juegos. El presidiario recordó cuántas veces habia ocultado entre sus vestidos su trémula cabeza, oyendo los sollozos ahogados de su pobre madre, cuando era injuriada y castigada por su padre. Volvióse; sus puños estaban crispados, sus dientes cerrados con rabia, cuando se alejó de la casa paterna.

Tal era la vuelta que habia ocupado su espíritu durante tantos años, y por la cual habia soportado tantos sufrimientos. Ni un rostro amigo, ni una mirada de perdón, ni una mano protectora, ni una casa hospitalaria. ¡Y esto en el pueblo donde habia nacido! ¡qué abandono! ¡qué soledad, más amarga mil veces que la de los países salvajes en que habia estado proscrito!

Reconoció entonces que en la lejana tierra de la infancia, de la esclavitud, él se habia representado los lugares de su nacimiento tales como los habia dejado, no tales como los encontraba ahora. La triste realidad se presentó de repente en su espíritu y abatió su valor. No le tuvo para informarse ni presentarse á la única persona que podía recibirle con compasión. Marchó lentamente, evitando el camino como un culpable, entró en un prado que en otro tiempo habia recorrido en todas direcciones, cubrió su rostro con las manos y se dejó caer sobre la hierba.

Un hombre á quien Edmunds no habia visto, estaba sentado junto á él en la tierra. Se volvió para mirar al recién venido, y Edmunds al sentir el roce de sus vestidos levantó la cabeza.

El cuerpo de este hombre era encorvado, su cara amarilla y envejecida. Parecía muy viejo, pero más bien por el efecto destructor de la intemperancia y de las enfermedades que por el resultado gradual de los años. Sus ojos eran apagados; pero cuando contemplaron á Edmunds, durante algunos segundos, se animaron con una extraña expresión, y se abrieron tan horriblemente que parecían saltarse de las órbitas.

El presidiario se levantó lentamente, examinó con creciente ansiedad el rostro del viejo. Se observaron así durante algun tiempo.

De repente el viejo se estremeció, púsose horriblemente pálido, y se levantó vacilando y retrocediendo algunos pasos al ver que Edmunds se levantó también.

— ¡Habladme! ¡que oiga yo el sonido de vuestra voz! — exclamó el presidiario palpitando de emoción.

— ¡No os acerquéis! — exclamó el viejo blasfemando. Pero Edmunds no le escuchaba, y continuaba acercándose á él.

— ¡No os acerquéis! — repitió con rabia y terror, y al mismo tiempo, levantando su bastón, golpeó con él violentamente la cara del proscrito.

— ¡Padre!... ¡miserable!... — murmuró este con los dientes apretados; después, lanzándose con furor, asíó por el cuello al viejo; pero acordándose de que era su padre, sus manos cayeron con fuerza sobre sus costados.

El viejo lanzó un grito agudo, que resonó por los campos desiertos como los rugidos de un mal espíritu. Su cara estaba lívida, la sangre corría de su boca y de su nariz; vaciló y cayó á tierra. Se le habia roto una arteria, y cuando su hijo le levantó del charco de sangre negra y espesa en que yacía, estaba muerto.

En un rincón de nuestro cementerio reposa un hombre, á quien he empleado en mi servicio durante tres años, después de este acontecimiento. Estaba realmente arrepentido y corregido. Nadie supo durante su vida quién era y de dónde venía. Era Edmunds, el presidiario puesto en libertad.